

## Lluvia

"¿Hola? ¿Mamá? ¿Me escuchas?", mi voz sonaba nerviosa, pero me hice la fuerte. "Sí, aquí estamos los tres en casa, a salvo, dentro de lo que cabe... Pero no te imaginas lo que está pasando fuera." Miré por la ventana. Las calles parecían sacadas de una película de miedo. "En las noticias, mamá, ¡claro que sale! Esto no se había visto nunca."

Todo empezó de repente. Marcos y yo íbamos a la tienda. De golpe, una tormenta enorme nos cayó encima. Me costó la vida llegar a casa, arrastrando las bolsas y a Marcos, que estaba empapado. Cuando doblé por el barranco, ya estaba todo inundado. Fue ahí cuando entendí que esto no era una lluvia normal, era algo mucho más grande, la naturaleza desatada.

Y la rampa... esa rampa que siempre me ha dado dolores de cabeza desde que nos mudamos. La que subimos cada día antes de coger el ascensor. Pues esa rampa, que siempre he detestado, ¡fue nuestra salvación! Sin ella, el ascensor ya estaría lleno de agua y no habríamos podido subir a Marcos al quinto. De pequeño no pesaba nada, pero ahora... Menos mal que llegamos a tiempo. Si no, hoy no lo contamos.

¿Y José? Metió la furgoneta en el garaje y, nada más entrar, le grité que la sacara corriendo. No quería ni pensar en la última vez que el garaje se inundó. José salió disparado, la aparcó en la calle y volvió. Cuando llegó, la corriente ya se la había llevado, junto con otros coches. ¡Casi se ahoga por mi culpa, mamá! ¡Se me encogió el alma!

Teníamos algo de comida. Nos arreglamos con lo poco que había: unas latas. La luz se fue a las siete. Veíamos el barranco desbordado desde la ventana del salón, y entre los coches flotaban cosas... Fue muy impactante, una imagen que no se borra. Los vecinos, con lo poquito que les quedaba, nos trajeron algo. Lo mejor, claro, fue ver cómo todos se preocupaban por Marcos, que ya sabes que lo quieren muchísimo.

Al día siguiente, salí a la calle. El barro me llegaba por la cintura. Fui al supermercado a ver qué se podía coger. Luego dirán que saqueamos, pero no quedaba otra si querías comer. Fuimos a ver qué quedaba y me traje unas lentejas, agua y toallitas. Y sí, aunque te parezca un poco raro, metí también dos botellas de vino en la mochila. ¿Te puedes

creer que nadie cogía alcohol? Pensé que al menos eso nos ayudaría a dormir mejor. Al día siguiente mandé a José a por otras dos botellas. No, de agua no, ¡de vino! El vino era nuestro pequeño lujo.

Y esa noche, nos tumbamos, a oscuras, con Marcos ya dormido, y nosotros, entre el miedo y el cansancio, bebimos el vino. En el silencio y la oscuridad, pensamos en todo lo que habíamos perdido, pero también en lo afortunados que éramos por estar a salvo.